
WILLIAM P. McGIVERN
UNO CONTRA TODOS



E T I Q U E T A



N E G R A

Un policía honesto tiene pocas posibilidades de sobrevivir cuando no sólo se enfrenta al crimen organizado, sino que tiene que actuar contra la propia corrupción policiaca...

* * *

«Es una historia poderosa, poderosamente contada, con una profunda percepción difícilmente presente en los melodramas de gánsteres y corrupción». *Anthony Boucher.*

NOTA

William Peter McGivern nació en Chicago en 1924. Inicia su carrera literaria escribiendo en revistas pulp, y luego pasa a los guiones radiofónicos y televisivos. Heredero directo de la línea dura, el hard boiled, en 1948 edita su primera novela Pero la muerte corre más rápido; en rápida progresión publica otros cuatro libros y en 1952 su éxito mayor, Uno contra todos, reconocida como la obra más importante de este autor. Posteriormente edita otras dos excelentes novelas, Rogue cop, en 1954 y La hora más oscura, en 1955.

Temáticamente sus primeros libros tienen como eje la corrupción policial, línea que irá paulatinamente abandonando hasta colocarse en una posición más blanda, con novelas que transcurren fuera de Estados Unidos (algunas de ellas como Costa del sol tienen su escenario en España en los años cincuenta).

A partir del año 61, McGivern se establece en Hollywood y tras algunos trabajos como guionista de cine se dedica a la televisión, donde en los siguientes diez años produce la cifra récord de más de un centenar de guiones originales para series televisivas.

A fines de los años setenta, McGivern protagoniza un espectacular regreso con un guión para cine, Branigan, estelarizado por John Wayne y dos novelas, una policiaca, La noche del degollador y otra de tema bélico, Soldados del 44, que lo hacen recuperar el aprecio de la crítica y colocar sus libros nuevamente en las listas de best-sellers.

Uno contra todos (utilizamos el título en español de la versión cinematográfica de The big heat), es no sólo su no-

vela más popular, sino también su mejor libro. Llevada al cine en 1953 bajo la dirección de Fritz Lang, es una de los clásicos hollywoodenses.

William P. McGivern murió en California en 1982.

Etiqueta Negra ha publicado otra novela de William McGivern, Un asesino contratado (EN n.º 34) y próximamente aparecerá otra, Una cuestión de honor (EN n.º 118).

PACO IGNACIO TAIBO II

CAPÍTULO UNO

El teléfono sonó a las ocho de la noche y un detective contestó a la llamada.

—Homicidios. Habla Neely —dijo. Escuchó luego un momento, frunciendo el ceño, envuelto en el humo procedente del cigarrillo que colgaba de sus labios—. Muy bien, en seguida enviaremos a alguien.

Apoyó el cigarrillo en el borde del viejo escritorio y tomó un lápiz.

—¿Quiere darme su nombre y dirección?

Colocó de nuevo el cigarrillo entre los labios y empezó a escribir en un bloc que tenía al alcance de la mano.

Tres policías más se encontraban en la amplia y bien iluminada sala. Dos de ellos jugaban a las cartas en un escritorio situado junto a la hilera de archivos de acero. El otro, un individuo alto, bien vestido y de cara larga, de expresión inteligente, se movía de un lado a otro con las manos a la espalda. En el banco, situado en el interior del mostrador de madera que cruzaba todo el ancho de la oficina, estaban sentados un policía de uniforme y un joven y fornido negro que parecía querer empequeñecerse dentro de un traje barato.

Los que jugaban a las cartas suspendieron el juego para mirar a Neely, quien fruncía el ceño cada vez más, a medida que tomaba el mensaje telefónico. Uno de los dos, llamado Carmody, de facciones algo relajadas y escaso pelo, miró hacia las ventanas, notando la lluvia que golpeaba contra ellas.

—Era de imaginar que tendríamos que salir —expresó.

Katz, su corpulento compañero con cara de boxeador y expresión belicosa, se encogió de hombros.

—Siempre pasa así en las noches como ésta —dijo.

El que se paseaba los miró sonriendo.

—Desgraciadamente he de atender este otro asunto —expresó, indicando al negro—. De no ser así tendría mucho gusto en salir con vosotros a caminar bajo la lluvia.

—Sí, Burke, ya me lo figuro —repuso Carmody.

Neely, el hombrecillo pelirrojo que atendía el teléfono, colgó el aparato y se volvió en su sillón giratorio para mirar el reloj que pendía sobre los archivos.

—¿A qué hora dijo Bannion que volvería? —preguntó.

Todos miraron hacia el reloj.

—Alrededor de las ocho —contestó Burke, añadiendo —: Estaba en la 19 cuando llamó para avisar que venía.

Neely frunció de nuevo el ceño al tiempo que tamborileaba sobre el escritorio con los dedos.

—¿Qué sucede? —preguntó Burke.

—Era la esposa de Tom Deery —contestó el pelirrojo—. Dice que su marido acaba de matarse de un tiro.

—¡Diablos! —exclamó Carmody.

—Estaba en la oficina del superintendente, ¿no? —preguntó Burke.

—¿Por qué habrá hecho una cosa así? —dijo Katz con su suavidad habitual.

—Puede que estuviera cansado de pagar las cuentas —opinó Carmody.

—¡Ea!, ésa no es una razón para matarse.

—Bueno, no lo sé —dijo Carmody—. A mí no me contó sus planes.

Neely miró de nuevo el reloj.

—Esperaré a Bannion unos minutos más. Querrán un informe completo sobre este asunto.

—Siempre lo piden cuando se trata de un polizante —afirmó Burke, y reanudó sus paseos.

Carmody encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla al suelo. No se oía nada más en la oficina que el golpear de la lluvia en los cristales de las ventanas, y todos estaban en silencio.

La muerte de un policía significa que se cuelga un lazo negro sobre la puerta de su comisaría durante una semana o dos, se publican unas notas en los periódicos y el mayor y el capitán envían una nota de pésame a la familia. Pero cuando la muerte se debe al suicidio, el asunto cambia de aspecto. El suicidio puede significar que el individuo era un hombre débil de carácter, un neurótico, un estúpido, y no una persona digna de proteger las vidas y la propiedad de otros ciudadanos. También puede significar algo más desagradable aún, algo potencialmente peligroso para la firme estructura del departamento.

—Era un buen tipo —comentó Burke sin detener sus paseos—. ¿Cómo es que nos llamó su esposa, Neely?

—Conoce los procedimientos policiales —contestó el pelirrojo—. Primero llamó a la Central y luego a nosotros. Sabe que vamos siempre a echar un vistazo a todos los suicidas. La Central nos va a llamar en cualquier momento.

Nuevamente guardaron silencio, mirando al altavoz fijo en la pared. En ese momento, como si las palabras de Neely hubieran sido un aviso, se oyó un crujido metálico al que siguió la voz del anunciador policial:

—Informe de la Nueve Ocho Uno.

—Creo que es su sección —informó Carmody—. ¿No vivía en la 98 oeste?

—Así es —respondió Katz—. En la calle Sycamore. Ya han mandado la ambulancia y el patrullero del sargento.

El anunciador policial, una vez que hubo conectado con el patrullero, transmitió la orden:

—Caso de urgencia. Calle Sycamore 5161.

—Caso de urgencia —comentó Neely con una risita, mirando de nuevo el reloj.

En ese instante, la puerta de la División de Homicidios se abrió y un hombre joven entró dando la vuelta por el extremo del mostrador. Al ver la expresión en los rostros de los detectives, preguntó:

—¿Qué pasa?

—Acaba de llamar la esposa de Tom Deery —le contestó el pelirrojo—. Dice que Tom se suicidó de un tiro hace unos quince o veinte minutos.

—Oye, Bannion, ¿lo conocías? —preguntó Burke.

—Sí —repuso Dave Bannion mientras se quitaba el impermeable y lo colocaba sobre el respaldo de una silla.

Era un individuo alto, de hombros anchos y unos treinta y cinco años de edad, que poseía unas facciones regulares tostadas por el sol y unos ojos grises de mirar reposado; en el momento en que Burke, individuo de elevada estatura, se acercó a él, se hizo patente la altura de Bannion. Sacaba varios centímetros de ventaja al otro detective y sus cien kilos de peso estaban perfectamente distribuidos en su atlético cuerpo.

—¿Tenía hijos? —preguntó Burke.

—No lo creo —fue la respuesta.

Bannion había conocido de manera casual al suicida, como a tantos otros de los que trabajaban en la jefatura. Recordaba que era un hombre delgado, de pelo blanco, de rostro inteligente aunque poco revelador de su carácter. Se había encontrado con él varias veces en la Central, consultándole en diversas ocasiones sobre trámites burocráticos, no pasando de allí sus relaciones con el individuo.

—Iré a ver —dijo a Neely—. Burke podría acompañarme.

Burke indicó al negro.

—Tengo esto entre manos, Dave. ¿Quieres que lo deje?

—¿De qué se trata?

—Podría ser el tipo que mató al encargado de la estación de servicio de Norte Este la semana pasada. Los detectives de la Décima lo arrestaron y lo mandaron aquí.

—Yo no maté a nadie —dijo el negro al tiempo que se levantaba y crispaba las manos con gran nerviosismo. Sus ojos, con expresión desafiante y temerosa a la vez, se posaron alternativamente en todos los rostros.

—Siéntese —le ordenó el policía uniformado.

Burke sonrió a Bannion.

—En diez minutos podría dejarlo aclarado si me dejaras... —Se interrumpió al ver la expresión del sargento—. Está bien, está bien —agregó, encogiéndose de hombros.

—No quiero esas cosas durante mi turno —le dijo Bannion.

—Está bien.

El sargento se acercó al negro, el cual pareció adivinar que tenía en él a un defensor.

—Sólo queremos que nos diga la verdad —dijo Bannion—. Si no ha hecho nada malo, no tiene por qué preocuparse; pero si ha cometido algún delito, puede estar seguro de que lo descubriremos.

—No he hecho nada —protestó el negro—. Iba caminando...

—Está bien, ya hablaré con usted cuando vuelva. Ahora no tengo tiempo... Burke, sigue con ello. —Lanzó una mirada a Katz y Carmody—. Y bien, ¿hay voluntarios?

Carmody exhaló un suspiro.

—Vamos —dijo—. La mujer de Katz lo asesinaría si volviera a su casa con los pies mojados.

—Ja, ja —se rió Katz, mientras iniciaba un solitario.

La División de Homicidios estaba en el primer piso del Edificio Municipal, junto con las secciones Leyes Especiales y Moralidad. Bannion echó a andar por el largo y polvoriento corredor unos pasos por delante de Carmody, saludando a los detectives y agentes que entraban para tomar servicio. Salió del edificio por una puerta lateral y cruzó el ventoso patio, dirigiéndose hacia el espacio reservado para el estacionamiento de los coches policiales. Cuando cruzaban la acera, tuvieron que calarse los sombreros hasta los ojos y

retenerlos con las manos para que no se los llevara el viento que empujaba la lluvia con una fuerza tremenda. Bannion se instaló al volante de su coche al tiempo que abría la portezuela de la derecha para que subiera Carmody, quien se estremeció al comentar:

—Siempre te llaman en noches así, ¿eh, Dave?

Thomas Francis Deery había vivido en un edificio de tres pisos situado en una calle residencial bordeada de árboles muy frondosos. Cuando Bannion llegó al lugar, vio estacionados frente a la casa un automóvil rojo y una ambulancia de la 98; en el vestíbulo hacía guardia un agente uniformado. A pesar de la lluvia torrencial, había una docena de personas agrupadas en la acera, observando el edificio y los vehículos policiales.

El sargento saludó al agente de guardia.

—Es en el primer piso —le informó el otro, llevándose la mano derecha a la visera.

—Gracias.

Bannion, al subir, observó que la puerta del apartamento estaba abierta y que dos corpulentos agentes conversaban en el *hall*, dejando chorrear el agua de sus impermeables sobre el suelo encerado. Un hombre alto, vestido con un impermeable negro, salió por una puerta de la derecha y les dijo:

—Bueno, ya pueden llevárselo.

—Un momento —intervino Bannion. No conocía al del impermeable negro, pero supuso que era un detective de la 98—. Venimos de Homicidios.

—Pues han hecho un viaje inútil —repuso el otro con una sonrisa—. No es asunto suyo. Soy Karret, de la 98.

Bannion se presentó y ambos se dieron la mano.

—Ya había oído hablar de usted —comentó Karret, sonriendo siempre y mirando al sargento con interés—. Oí decir que era corpulento, y ahora veo que es verdad.

Bannion estaba acostumbrado a aquellos comentarios, de modo que ya no le molestaban en absoluto. Siempre había sido el gigante, tanto en la escuela o en la universidad, como en los equipos de fútbol compuestos por jóvenes de notable corpulencia. Sonrió a Karret, preguntándole luego:

—¿Qué tenemos aquí?

—Estaba allí dentro —repuso el otro, y le condujo a una habitación situada a la derecha del *hall*.

El cadáver yacía de costado, casi doblado en dos, frente a un escritorio colocado bajo una ventana con cortinas. Bannion se arrodilló para inspeccionar la herida en el temporal derecho y el arma que tenía el muerto en la mano del mismo lado. La herida era mortal de necesidad y el arma era un revólver 32, niquelado, con empuñadura negra. Al cabo de un momento se puso de pie y miró a su alrededor, observando inmediatamente el contenido de la habitación y el orden en que estaban dispuestos los muebles. Se fijó en el escritorio, que estaba un poco vuelto de costado hacia la ventana para aprovechar mejor la luz, y en la caja de madera llena de papeles. Observó luego el cómodo sillón de lectura situado en un rincón, junto a una lámpara de pie, y las estanterías llenas de libros. Sobre la biblioteca colgaban tres grabados, y encima del escritorio vio la máquina de escribir y un gran cenicero de cristal con media docena de colillas. Aquella era una estancia muy agradable, un lujo que, en un apartamento pequeño de la ciudad, sólo podía permitirse un hombre que no tuviera hijos.

—Parece como si hubiera estado de rodillas cuando se mató —opinó Karret—. Me refiero al modo como está doblado, casi en dos.

Bannion fue a examinar la ventana y la encontró cerrada por dentro. Después miró de nuevo a su alrededor.

—¿Dónde está la señora Deery?

—En el salón.

—¿Qué dijo?

—Que Deery vino aquí inmediatamente después de cenar. Ella se quedó en la cocina, lavando los platos, y más tarde se fue al salón a escuchar la radio. Media hora después, oyó un tiro y al entrar aquí lo encontró así como está ahora.

—¿Había alguna nota?

—Nada en absoluto.

Bannion se sentó tras el escritorio del difunto, echándose el sombrero hacia atrás. Se puso a examinar los papeles que había en la caja, viendo que casi todos eran cuentas, algunas circulares y una nota personal de un amigo de Hasville fechada una semana atrás. El amigo, que se llamaba Mort Chamberlain, pedía disculpas por no haber contestado la carta de Deery de cuatro meses atrás; explicaba que había estado muy ocupado con su trabajo y su familia, añadiendo en son de broma que posiblemente el motivo de su retraso se debiera a la vagancia. No había mucho más en la carta, y parecía ser uno de esos esfuerzos inútiles por mantener vivo algo que había muerto hacía ya tiempo.

—Ya le dije que no era cosa de ustedes —manifestó Karet.

—En efecto —reconoció Bannion—. ¿Sospecha la señora por qué lo hizo?

—Dijo que últimamente no se había sentido bien y estaba preocupado por su salud.

—Bien, puede que sea por eso.

Bannion registró los cajones a conciencia, sin buscar nada en particular y haciéndolo sólo para cumplir con su método habitual. Encontró dos pólizas de seguro de cinco mil dólares cada una, a nombre de Mary Ellen Deery, dos talonarios de cheques y un sobre que contenía algunas circulares policiales acerca de pensiones, licencias y otras cosas por el estilo. Había también una cajita de broches, varios lápices y una caja de papel de escribir. Bannion cerró los cajones después de haber dejado cada cosa en su lugar y fue a examinar los volúmenes de la biblioteca. Eran casi todos

ellos colecciones completas de historia, biografía, las novelas de Scott y Dickens y una colección de selecciones de clubes del libro.

Vio que uno de los estantes estaba lleno de libros de viajes, todos muy leídos. Tomó dos y se puso a mirar las páginas, un poco sorprendido por esta preferencia de Deery. Éste había dejado algunas notas marginales, lo cual despertó más su interés, aunque se dijo que esto no era muy revelador, aparte de las reacciones impulsivas del lector. Sobre una descripción de una corrida de toros había escrito: «¡No es para mí!», y acerca de las estatuas de Pompeya decía: «Es como espiar en casa ajena».

—Leía mucho —comentó Karret.

—Así parece.

Examinó algunos volúmenes más, volviéndolos hacia la luz para leer las notas marginales escritas por Deery. Luego los puso todos en su sitio. No eran los libros que uno esperaría encontrar en la biblioteca de un escribiente de la policía. Más aún, el hecho de que un auxiliar de policía tuviera una biblioteca en su casa era algo fuera de lo común.

—¿Va a hablar con la viuda? —inquirió Karret.

—Creo que convendría. ¿Cómo lo ha tomado?

—Muy bien; no nos ha dado ningún trabajo. Se nota que es una mujer muy sensata —Karret indicó una puerta cerrada que había del otro lado del *hall*—. Está allí, en el salón, muy tranquila.

—Iré a verla.

Bannion salió del estudio y fue a llamar a la puerta del salón.

—Adelante —contestó una voz tranquila desde el interior.

Entró en una habitación muy limpia, muy ordenada, amueblada con elegancia e iluminada por dos lámparas de pie. La señora Deery estaba instalada en un sofá y tenía las manos cruzadas sobre el regazo. Las patas del sofá eran doradas, y su tapizado amarillo, de excelente calidad, favo-

recía a su ocupante. Ella volvió hacia él su cabeza pequeña, dirigiéndole una leve sonrisa.

—Adelante —dijo—. No se disculpe; ya sé que esto es necesario.

—Gracias. —Bannion se sentó en una silla que le pareció demasiado pequeña para su tamaño y la miró por encima de la mesita de cristal—. Le prometo no quedarme más que unos minutos. Me llamo Dave Bannion y conocí a su esposo.

Ella le escuchó atentamente, inclinada la cabeza hacia un lado, dando la impresión de no querer pasar por alto ninguna palabra.

—Sé que Tom tenía muchos amigos —expresó.

—¿Querría contarme lo que pasó?

—Por supuesto. Soy esposa de un policía, señor Bannion, y me doy cuenta de que esto es necesario. Verá, Tom regresó a casa a las seis menos cuarto, como de costumbre. Si le conoció usted, recordará que siempre fue puntual. Cenamos y después se fue al estudio. Yo lavé los platos y luego vine aquí a coser y a escuchar la radio.

Mientras escuchaba su voz baja y agradable, Bannion se esforzaba por ordenar las impresiones que le producía la mujer y aquel mundo pequeño y ordenado en el que viviera y muriera Deery. Se dijo que le gustaría tenerla de testigo en su defensa; la mujer era inteligente y sabía dominarse. Físicamente era pequeña, esbelta y estaba muy bien cuidada. De pelo rubio, canoso en las sienes, tenía un cutis perfecto y ojos vivaces.

Todo en ella daba la impresión de arreglo y cuidado; sus zapatos de charol brillaban de manera notable, sus medias de nailon no mostraban la menor arruga, y el esmalte de las uñas y el maquillaje de la cara parecían haber sido aplicados cuidadosamente hacía menos de media hora, lo cual molestó un poco al sargento.

—Naturalmente, oí el disparo, y durante unos segundos me quedé aquí sentada, demasiado sorprendida para mo-

verme. —La mujer pasó la lengua por los labios mientras se miraba las blancas manos—. Después llamé a Tom sin obtener respuesta. Al entrar en el estudio lo encontré tendido en el suelo, ya sin vida. En seguida llamé a la policía.

—Debe haber sido un golpe terrible. ¿Había notado que su esposo estuviera preocupado últimamente?

—No diría tanto. Ya le expliqué al otro detective lo de su salud. Es lo único que se me ocurre. No teníamos otros problemas; había suficiente dinero y nos llevábamos bien. Tom no ganaba mucho, pero sus entradas eran constantes, aun durante la época de la crisis, cuando estábamos empezando, y pudimos ahorrar un poco de dinero. Debe haber sido su salud lo que le tenía preocupado, señor Bannion. En estos últimos meses se quejó tres o cuatro veces de que le dolía el costado izquierdo. Cuando le dije que viera al médico de la policía, me contestó que probablemente sería alguna indigestión sin importancia.

—¿Así que no consultó al médico?

—Que yo sepa, no.

—¿Solía leer todas las noches?

—Todas las noches no, pero leía mucho.

—Ya noté que le interesaban los libros de viajes.

Ella sonrió.

—En realidad, no lo sé, señor Bannion. Nunca me agradó mucho la lectura. Tom era el cerebro de la familia.

Bannion sacó cigarrillos, pero volvió a guardarlos al no ver ceniceros por ninguna parte. La señora Deery no dijo nada, a pesar de que notó lo que acababa de hacer. En el estudio había un cenicero, y Deery debía de haber fumado allí, pensó Bannion.

—Gracias por su ayuda —dijo, poniéndose de pie—. Si necesita cualquier cosa, no vacile en comunicarse con nosotros.

—Gracias, señor Bannion. Su oferta me hace... sentirme menos sola.